



Los visitantes

Rodrigo Torres Quezada*

He despertado. En realidad ni siquiera he dormido, y si lo hice fue en un instante, el que bastó para soñar en esas cosas que me faltan. Esas cosas que no logré. Estoy en mi habitación, en el segundo piso. Abajo se siente la televisión. Tengo la puerta cerrada y no distingo bien qué programa es. ¿Por qué esa manía de informarse cada mañana con el noticiero? ¿Sirve de algo saber que hoy habrá guerra o al día siguiente ocurrirá una protesta en la cual se reclame por el aumento de precio en la locomoción? ¿Le interesará eso al jefe que está esperando que uno llegue a la hora a su empleo? Pero hoy no he ido al trabajo. Me duele la cabeza. No he dormido. En realidad casi no he dormido en días. Mi cabeza bulle con imágenes e ideas.

Siento algo sobre mi cuerpo. Estoy de costado en mi cama, bajo frazadas abrigadoras que no logran salvarme del frío. Afuera llueve. ¿Habrá sido por eso que no quise ir al trabajo? Mi cuerpo yace a lo largo de la cama. De a poco me contraigo hasta quedar en posición fetal. Siento que ese algo que está sobre mi cuerpo se menea, no se sostiene con fuerza. Se ladea hasta quedar a un lado. Sin embargo, vuelve a su posición y se queda ahí. ¿Qué será? Que yo sepa no tengo ninguna mascota. ¿Qué es lo que se aferra a mí, a la altura de mi cintura? No me gusta tener animales. Esa fragilidad, ese desamparo en su mirada cada vez que se les deja en casa por un tiempo prolongado, me hace sentir exasperado, como un Dios cansado de su creación. Una vez tuve un perro y se perdió. Bastó con que abriera la puerta y salió escapado. Nunca volvió. Nunca lo hallé. Me pregunto: ¿qué habrá sido de él? A veces pienso que los animales son tan frágiles que debiesen ser apartados de la humanidad. No soporto ver a esas mujeres llevar con cadenas a esos perritos finos que parecen ir ahorcados. ¡Cuánta crueldad! No. No quiero mascotas. Y no las tengo.

* **Estudiante de la Licenciatura en Historia en la Facultad de Humanidades, Universidad de Chile, Santiago de Chile.**

¿Entonces qué cosa se está sujetando a mí con tanta desesperación? Siento unas garras que de forma tenue invaden las frazadas y hieren mi carne. ¿Qué cosa puede perforar un tejido tan grueso de esa forma? No quiero despegar mi cabeza de la almohada. Basta que la levante cuarenta y cinco grados para averiguar qué cosa se está posando sobre mi cuerpo.

Abajo sigue la televisión. ¿Quién la habrá encendido? ¿La tía Gloria? Sonrío. Río. Una carcajada. La tía falleció hace dos años. ¿Cómo es posible que no haya pensado en ello de inmediato? La tía era una persona amargada. Como yo, o quizás menos. De hecho, a veces me decía: *Sonríe, hijo. La vida es corta. ¿Te acuerdas de tu tío, mi difunto esposo, que Dios lo tenga en su santo reino, que aunque buen cristiano, no disfrutó del goce de la vida? Bueno, hijo, tú debes ser distinto. Vamos, sonrío.* Y aquí estoy riéndome de mi estupidez. ¿Quién prendió el bendito televisor? No me gusta la música que emite el aparato. Y esa voz, seguramente de alguna periodista o de una sosa animadora de esos matinales repletos de cursilerías, es tan horrible. Es como la de un hombre borracho que vuelve a casa y grita: ¡Amor, me siento mal! Pero si no es la tía Gloria, ¿será mi hermana Susana? Supe que no le estaba yendo muy bien en el trabajo. Quizás peleó con su pareja, le dejó sus hijos y se vino hasta acá para poder sentirse acompañada de mí. Pero ella no tiene copia de llaves de esta casa. Y, además, ¿desde cuándo somos tan buenos hermanos? ¿Desde cuándo que nos contamos nuestros problemas, nuestras alegrías, nuestros sueños? Yo siempre me dediqué a ser el típico hombre que saludaba a su hermana con parquedad y les regalaba a los sobrinos unos chocolates comprados en el negocio de la esquina. O sea, hacía lo típico, lo que se esperaba debía hacer un familiar al que se le llamaba "hermano". No. No debe ser ella. ¿Y por qué ahora me cuestiono esto? ¿Por qué pienso en la familia? ¡Oh, ese televisor! Que alguien lo apague. No es que tenga sueño. No. De hecho no quiero dormir. Mejor dicho, no puedo dormir. ¡Ay, esa cosa! Me está enterrando sus garras. Se aferra a mí como un parásito que extrae la sangre. O quizás saca de mí otra cosa: recuerdos, ideas, sueños. ¡Claro! Por eso no puedo dormir: está extrayendo mis sueños.

No quiero levantar la cabeza. No quiero verle. Siento su calor invadir mi cuerpo. Es un calor que se expande. Me produce sudor. ¿Tendré fiebre? Sigo en posición fetal. ¿Acaso

No quiero levantar la cabeza. No quiero verle.

estoy naciendo de nuevo? ¿Es mi cama un útero por el cual saldrá expulsado un nuevo yo? ¿Un ser que esté decidido a dominar el mundo? ¡Hola hermana, hola sobrinos! ¡Miren, el regalo que tengo!, diré con una sonrisa de cabo a cabo. Y a lo mejor saldré afuera. Abandonaré este búnker en el que se ha convertido mi habitación. Este Dios que me contiene entre sus paredes preparándose para quién sabe qué, debiese soltarme. Afuera hay risas. Lo sé. Deben ser los vecinos. Distingo sus voces entre la bulla del televisor y el ronquido suave que hace la cosa que se aferra a mí. Creo que los vecinos están contentos. Sí. Quizás coloquen la mesa de fiesta a lo largo del patio. De seguro pondrán ese mantel blanco como espuma de mar para luego dejar encima galletas, bebidas, cosas ricas. ¡Cómo se divierte esa familia! Una vez los niños lanzaron la pelota a mi patio y se las devolví de muy buena gana. Eso. Ese fue el contacto que tuve con ellos. En realidad son unos perfectos desconocidos. ¿Y qué cosa en la vida es realmente conocida? Los científicos nos explican con lujo de detalle la composición de las cosas. Sin embargo, siempre deben contentarse con hacer felices a los señores de la academia. El lego debe resignarse a que la televisión traduzca el avance tecnológico con un lenguaje infantil. Así, nada se podrá conocer a cabalidad. ¿Qué soy yo? A lo mejor soy el parásito que está importunando a esta cosa que no se despega de mí. Ah, sí, no soy tan tonto como para no darme cuenta que es mi carne la que quiere tragar a la cosa. Soy yo el que con mis preguntas quiere absorberlo todo: ¡que la totalidad de la vida entre en mis células! ¡Quiero ser el hombre absoluto que sin moverse de su cama puede tener todo el conocimiento que sea posible del mundo!

Escucho que hay voces abajo. Es gente. ¿Gente? Se mueven lentamente. Apagan el televisor. Por fin, gracias. No. Lo han vuelto a encender. La cosa se ha movido. Se cambió de posición. Se acerca a través de mi brazo hacia el hombro. Se detiene. Los vecinos festejan. La vida continúa con su idiotez sempiterna, con ese misterio que jamás nadie podrá dilucidar. Abajo apagan el televisor una vez más. Lo vuelven a encender. Creo que están jugando conmigo. Están cuchicheando. Es como si entre ellos comentaran: *Silencio. Escucho que arriba hay alguien. ¿Juguemos con él? Apaguemos y encendamos la televisión para poder entretenernos. ¡Vamos, hagámoslo! Sé que será muy entretenido. ¿Quiénes son? ¿Desde cuándo vivo con alguien? ¿En*

qué momento me aburrí de mi soledad y le dije a la gente: *Acompáñenme, vengan. Lo pasaremos genial?* Es como si fuese un equipo científico que quiere descubrir mi habitación, esta isla perdida en el universo que yace en estas paredes. Pero no lo harán, nadie lo hace. ¿Se descubren los enamorados que con sus lenguas han recorrido cada zona del cuerpo del otro pero aún así sienten la amenaza de la desconfianza con cada despedida? ¿Descubre la madre los secretos del hijo, cuando hurga en su pieza, o más bien consigue que este esconda aún más su interior luego de ver cómo ella invadía su mundo? ¿Conoce alguien en realidad alguna cosa de este mundo? No. Por eso, ¿qué saco con ver la cosa que está sobre mí? Además, que se quede ahí. Hace tanto no sentía ese calor, esa dulzura recorrer mi piel. Quizás es parte de mí y recién la siento. Está roncando. Emite un balbuceo. Creo que ha dicho algo: *Cállate y déjame dormir.* Quizás mis pensamientos los he estado formulando en voz alta. *Perdón,* digo, aunque quizás esto solo produzca en este visitante más malestar que nada.

Abajo la televisión sigue. Siento la puerta de la calle. Un saludo. Voces que se interrogan. Vivo solo. Sí, es lo último que recuerdo. Me duele la cabeza. *Feliz cumpleaños,* dicen mis vecinos. Abajo alguien ríe. La cosa sobre mi cuerpo parece levantarse, dar una vuelta para luego volver a posicionarse en su sitio. Está lloviendo. ¿Cómo celebran el cumpleaños, los vecinos? Ah, de seguro está techado. ¿Cuándo colocaron el techo? ¿Son mis vecinos? ¿Es esta mi casa? Huelo mi almohada. Huele a desconocido. ¿He sido siempre yo? El pelo de una mujer se escurre a través de la sábana con mi respiración. Lo veo. ¿Con quién he dormido? Observo bien mi pieza, lo que mi panorámica me permite. ¿He mencionado que no deseo mover la cabeza? Estoy tan cansado. Pero no es la falta de sueño lo que provoca esto. Es el exceso de ver las cosas, el cansancio de siempre buscar la objetividad en el mundo exterior. Veo una pintura puesta en el muro. Yo no la coloqué. Debe haber sido esa mujer. Aunque, ¿desde cuándo salgo con una chica? ¿Dónde la conocí? ¿En qué momento yo le resulté alguien divertido, un buen partido? Escucho voces de preocupación. Luego risas. Silencio. El televisor que habla. El televisor que se enmudece. La cosa está encima mío aún. ¿Y si me despego de ella? ¿Y si me atrevo a ser libre? ¿Podré tener el valor? Ese cuadro tiene una imagen que no me gusta. Es una cama. En ella alguien duerme con la cabeza

**Feliz cumpleaños,
dicen mis vecinos.
Abajo alguien ríe.**

tapada. Sobre él hay una persona. Mira con compasión a quien yace bajo las frazadas. Pareciera como si quien está encima es el reflejo del que yace debajo. ¿Este cuadro es una pintura o un espejo? La lluvia me hace recordar momentos en los cuales no me preguntaba nada, en donde los charcos eran el gran obstáculo que debía sortear. A veces saltaba abriendo mis piernas y, en otras ocasiones, unía los pies. Eran técnicas para derrotar a los charcos de agua. Pero hoy no valen las técnicas. Si hay un pozo es probable que te caigas y no te levanten. Me veo dentro de uno. Grito. Mi voz viaja como eco y retumba de pared en pared. El pozo cambia su forma. Ahora es mi habitación. ¿Y por qué me imagino estas cosas? Ah, la lluvia, fiel compañera del sentimiento de lo pasado, lo nostálgico, lo que duele.

La cosa ya está próxima a mi rostro. Siento su resuello en mi mejilla derecha. Si volteo en ángulo recto mi cuello, es probable que le vea. Pero aún no quiero. No estoy preparado. ¿Por qué me siento prisionero en mi propio universo? ¿Por qué esta cama me aferra como si fuese un órgano o un conjunto de músculos adosados a mi esqueleto? A lo mejor no existo. Eso puede ser. Simplemente soy parte de un todo, de una monstruosa amalgama de vísceras que se nutre de gente como yo, sus células, para realizar actos metabólicos en el día a día. ¿Qué estoy pensando? Calmate conciencia. ¿Qué tal si dormimos? La cosa aproxima su boca a mi oído. Dice algo. No la entiendo. Sus garras aún se sienten. Hacen que me duela el cuerpo; hacen que me duela el alma. Abajo hay más voces. Me parece haber escuchado que abrían la puerta de la calle. ¿Es acaso una fiesta? La cosa parece darme un mensaje: Es la bienvenida que se te dará, dice. ¿Dice? Ahora hay música que viene de una radio. Se mezcla con el bullicio del televisor. Afuera los vecinos siguen festejando, la lluvia amaina y vuelve a tornarse desesperante. Si tan solo pudiese dormir. ¿Cuántas veces en la calle me sentí un estúpido caminando entre personas que no parecían tener rostro? Posiblemente no dormían porque de por sí ya estaban sumidas en un profundo sueño. Ahora, me siento como ellas. Me siento despierto pero sin la capacidad de obrar. Mi conciencia no se detiene en inventar excusas para no apagarse. Quizás si lo hiciera me dejaría actuar.

La cosa se mueve. Me pasa a llevar la piel. Creo que sangro. Abajo siguen las conversaciones. La cosa me dice algo: ¿Bajamos o esperamos a que suban? ¿A quién dejarás

la decisión de tu vida? ¡Oh, esta cosa es tan aguda! Cree internarse en los intersticios de mi mente. Y lo está consiguiendo. ¿Quiénes están ahí abajo? ¿Debo ir a recibirlos? ¿Debo darles la bienvenida? ¿Y para qué? En todos lados los visitantes están ahí, listos para no escucharte, listos para ignorarte, preparados para transformarte en el juguete que ellos desean. Mi verdadero yo no está con ellos, está ahí en alguna parte, acurrucado como una bestia que en la soledad despierta para abalanzarse sobre la realidad. Vamos, toma una decisión, me dice la cosa. Siento que su saliva moja mi mejilla. Es como si estuviese bañándome con el recuerdo de mí mismo. Afuera llueve. Los vecinos son unos desconocidos. No me pueden ayudar. Mientras más cerca estén las personas, más lejana es la distancia en la que tu yo huirá. Los vecinos festejan. Yo me acurruco con los ojos cerrados. No puedo dormir. Abajo tienen tanta bulla.

Me decido. He decidido levantarme. Pero no quiero mirar a la cosa. ¿Coincidencia? Oigo pasos en la escalera. Están subiendo. Son los visitantes que vienen a quién sabe qué. Me levanto de la cama. Con lo poco que llevo puesto, avanzo hacia la puerta de mi habitación. La cosa, quien tuvo que liberarse de mi cuerpo y a la cual me he negado en mirar, toma mi mano derecha. Me acompaña. Afuera llueve. Los vecinos guardan silencio. ¿Cuántas veces he escuchado el grito de los grillos entremedio de esas voces vacías que bien podían ser solo ecos de tuercas oxidadas? Porque así es la gente. Y ahora suben por la escalera. ¿Cómo serán? Da lo mismo, todos son iguales. La cosa me ayuda a avanzar. Los visitantes están en el rellano. Dan vuelta la manilla. Yo también. Abren la puerta. Avanzo por la escalera a la vez que ellos pasan a mi habitación. No nos saludamos. No intercambiamos palabras. No nos observamos. Sigo tomado de la mano con la cosa. La televisión está apagada. La puerta de la salida me espera. Pienso: ¿cuántos visitantes más me esperan allá afuera?

Me siento en la silla. La cosa vuelve a aferrarse a mí hasta fundirse en mi carne y disolverse entre mis cavilaciones. Arriba, los visitantes inspeccionan mi habitación. Sin embargo, sé que no encontrarán nada.